

EL SER HUMANO EN EL MUNDO

+Mario Toso, sdb

Premisa: El origen antropogénico de la actual crisis ecológica

El tema confiado - «El ser humano en el mundo» - debe ser ubicado en el contexto del Seminario de estudio que pone al centro la cuestión ambiental. Y, por tanto, habrá de ser explicitado inmediatamente como concerniente a un *vínculo* o, mejor dicho, a una *relación* entre el ser humano y la creación.

La crisis ecológica, con sus múltiples rostros, relativos a los cambios climáticos, a la contaminación, a la extinción de las especies, al agotamiento de los recursos naturales, evidencia como la relación entre el ser humano y el mundo físico que los circunda está destruida. El hecho de que haya sido el ser humano quien comprometió esta relación, «esa alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios»,¹ viene a ser resaltado por la que es definida la dimensión antropogénica de la crisis ecológica.

La evidencia concerniente al carácter antropogénico de la actual crisis ecológica, está aumentando. Hoy se puede hablar de una convergencia cuasi unánime de la comunidad científica, acerca del efecto antropogénico sobre los cambios climáticos.² El comité intergubernativo sobre los cambios climáticos - Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC), ya en su *Third Assessment Report* del 2001 había señalado que existen las pruebas bien fundadas de que la mayor parte del calentamiento observado es atribuible a causas humanas.³ Esto ha sido reafirmado en términos inequívocos por el Cuarto Informe del Comité Intergubernamental sobre Cambios Climáticos del 2007. El informe, mientras prevé que las temperaturas globales en el siglo presente pueden aumentar entre 1.8°C – 4.0°C,⁴ asigna el más alto margen de certeza al origen antropogénico del fenómeno del calentamiento global, señalando un aumento que va de >66% (informe del 2001) a >90%.⁵

¹ Cf BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2008*, 7; *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2010*, 1.

² Véase National Academy of Sciences Committee on the Science of Climate Change, *Climate Change Science: An analysis of Some Key Questions* (Washington, DC: National Academy Press, 2001), 3; Naomi Oreskes, “Beyond the Ivory Tower: The Scientific Consensus on Climate Change,” *Science* 306 (2004), 1686; P.H. Gleick et al., “Climate Change and the Integrity of Science,” *Science* 328 (2010), 689-690.

³ *Climate Change 2001: Synthesis Report. Contribution of Working Groups I, II, and III to the Third Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), 5, 51.

⁴ Es importante recordar aquí que las variaciones de la temperatura global no han superado nunca 1° C desde el inicio de la civilización humana.

⁵ Véase *Climate Change 2007: The Physical Science Basis. Summary for Policymakers. Contribution of Working Group I to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change* [approved at the IPCC Session in Paris, 2 February 2007] (Geneva: IPCC Secretariat, 2007), 3, 8. De acuerdo a este informe, las actividades humanas son responsables del calentamiento 13 veces más que los cambios del calor solar.

Los científicos reunidos en Copenhague del 10 al 12 de marzo de 2009 en su informe final titulado *Climate Change: Global Risks, Challenges and Decisions* advierten a la comunidad internacional con estas palabras: «The scientific evidence has now become overwhelming that human activities, especially the combustion of fossil fuels, are influencing the climate in ways that threaten the well-being and continued development of human society. If humanity is to learn from history and to limit these threats, the time has come for stronger control of the human activities that are changing the fundamental conditions for life on Earth».⁶

Las huellas que las actividades humanas han dejado sobre el planeta son conspicuamente evidentes en una serie de signos inconfundibles en las áreas continentales, en los océanos y en la atmósfera. Como hace notar Michael S. Northcott «no existe un ángulo del océano y hay poquísimas zonas de la foresta que no muestren indicaciones de la transformación industrial y comercial de la tierra en un almacén de recursos para la explotación de parte del ser humano».⁷ Como ha indicado Lynn White ya en 1967: «Ninguna creatura ha logrado arruinar su nido en un arco de tiempo así de breve».⁸ Las proporciones del impacto causado por la humanidad sobre la topografía del planeta y sobre la biósfera han conducido a algunos geólogos a sostener que nos encontramos al inicio de una nueva época denominada ‘antropoceno’, que sucede al ‘holoceno’, durante el cual se ha desarrollado la entera civilización humana.⁹

Es precisamente este carácter antropogénico de la actual crisis ecológica lo que necesita una seria y profunda reflexión sobre la relación entre el ser humano y el mundo – el título de la intervención que me ha estado confiada en este congreso. La crisis ecológica no se superará sacando del horno sólo soluciones tecnológicas – no obstante que la aportación de la técnica sea decisiva – pero sobretudo mediante una profunda revisión de la relación entre el ser humano y el mundo natural. De la actual crisis ecológica, poseedora de un carácter prevalentemente antropogénico, emerge la exigencia insuprimible de repensar y de reimpostar nuestra relación con la creación.

No se trata de considerar la presencia de la persona humana en el mundo como la de un ser que ha sido «arrojado» y que, respecto a lo que le circunda, permanece fundamentalmente ajeno, separado, aislado. Al centro de nuestra atención se ha de colocar la relación entre dos polos de existencia, que si bien manteniendo la propia autonomía, están *interrelacionados*, son interdependientes: mismos que se condicionan recíprocamente, positiva o negativamente, al interno de una unidad-totalidad multidimensionada y diferenciada.

⁶ Synthesis Report from *Climate Change: Global Risks, Challenges and Decisions*. Copenhagen 10-12 March 2009 (Copenhagen: University of Copenhagen, 2009), 6. Véase también pp. 8-11.

⁷ Michael S. Northcott, *The Environment and Christian Ethics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996), 32-33.

⁸ Lynn White, “The Historical Roots of our Ecologic Crisis,” *Science* 155 (1967), 1204.

⁹ University of Portsmouth, “Man's Impact On The Planet Brings About New Epoch In Earth's History.” *Science Daily*, 28 enero 2008. La propuesta ha sido originalmente presentada por Paul J. Crutzen, ganador del premio Nobel por la química de la atmósfera en 1995 gracias a sus estudios sobre la formación del agujero en la capa de ozono. Véase Paul Crutzen, *Benvenuti nell'Antropocene. L'uomo ha cambiato il clima, la Terra entra in una nuova era* (Milano: Mondadori, 2005). Véase también Ian Zalasiewicz e Mark Williams, “Are we now living in the Anthropocene?,” *GSA Today*, February 2008; Ian Zalasiewicz et al. “The New World of the Anthropocene,” *Environmental Science and Technology* 44 (2010), 2228-2231.

Se trata de una relación compleja cuyo conocimiento y cuya gestión exigen un enfoque multidisciplinar, difícilmente practicable en el actual contexto cultural, dominado por un pensamiento univoquizante, el heredado de la modernidad, el cual asumiendo el método de las ciencias físico-naturales como *clavis universalis* del saber, devalúa el aporte de las ciencias especulativas y prescriptivas.

A este propósito puede ser oportuna la aportación de la encíclica *Caritas in veritate* (=CIV) con la indicación de un enfoque que:

a) se vale de una *doble vía de conocimiento*, la de la *caridad* y la de la *verdad*: en el itinerario cognoscitivo, la caridad y la verdad se integran y se potencian mutuamente, por lo cual se accede a un conocimiento más adecuado y completo de la realidad. La caridad consiente a la razón el ser *verdadera*, auténtico *lógos*, en cuanto que ante todo ama a las personas y a las cosas por lo que son en sí mismas. La verdad, a su vez, libera la caridad de las estrecheces de un emotivismo que la priva del hábito humano y universal, y le expresa la fuerza de liberación en los eventos siempre nuevos de la historia; hace salir a los seres humanos de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, consintiéndoles de ir más allá de las determinaciones culturales e históricas y de confluir en la estima del valor y de la sustancia de las cosas;¹⁰

b) reenvía a una *experiencia* de la realidad que se explica mientras se vive contemporáneamente *en la* comunión con Jesucristo, unidos a su Caridad y a su Verdad, por las que el conocimiento de la cuestión ambiental – pero también de toda otra cuestión – es colocada al interno de un *milieu* en el cual viene enriquecida por aquel saber revelado, racional y supranacional, que nos es donado por el Hijo de Dios: se derivan por el conocimiento natural, tanto una confirmación – en sus aspectos positivos – como una estimulación a purificarse y a rectificarse, y a abrirse a ulteriores y superiores prospectivas;

c) implica, como mejor se explicará posteriormente, la utilización de un *método* cognoscitivo *realista*, estrictamente conjunto con el ejercicio de una razón *integral*, que permite acceder a un *Fundamento* y al conocimiento de un *telos* humano.

1. *La exigencia de un fundamento ético para el compromiso ecológico*

La experiencia de las diversas *Cumbres* o *Conferencias* mundiales – se citan aquí sólo Johannesburgo 2002 y Copenhagen 2009 – concernientes a la cuestión ecológica es particularmente instructiva en cuanto a la necesidad de que los varios documentos producidos y las decisiones tomadas tengan, para ser obligatorias del punto de vista

¹⁰ Cf BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* (=CIV), Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2009, nn. 4-5. Véase también la edición LAS (Roma 2010, segunda edición), titulada *La speranza dei popoli. Lo sviluppo della carità nella verità*, con lectura y comentario de Mario Toso; la edición Cantagalli (2009) con introducción de S. Exc. Mons. Giampaolo Crepaldi; la edición Librería Editrice Vaticana-AVE (Ciudad del Vaticano-Pomezia 2009) enriquecida con el comentario de varios Autores (Franco Giulio Brambilla, Luigi Campiglio, Mario Toso, Francesco Viola, Vera Zamagni); la edición Librería Editrice Vaticana-EDB, Ciudad del Vaticano-Bologna 2009, con Líneas guía para la lectura, coordinada por Giorgio Campanini; además de: AA.VV., *Amore e Verità. Commento e guida alla lettura dell'Enciclica «Caritas in veritate» di Benedetto XVI*, Paoline, Milano 2009. En fin nos permitimos de señalar también la reciente lectura pastoral de la encíclica: M. TOSO, *Il realismo dell'amore di Cristo*, Studium, Roma 2010.

moral, un fundamento, y sean por tanto sostenidos por razones éticas universalmente válidas. Es ésta una de las más importantes condiciones para sean compartidos y actuados. Sin razones válidas y fundadas, no poseen el consenso, disminuye el empeño de los pueblos y de los Estados, tanto más si inciden negativamente con mil condicionamientos: injusticias perpetradas en daño de los Países más pobres, cálculos utilitarísticos, y la prevalencia de una mentalidad mercantil en el calcular los costos-beneficios.

Ello obliga a buscar de nuevo referencias éticas no simplemente convencionales o formales, es decir dotadas de una universalidad de tipo kantiano pero vacías de contenidos precisos y vinculantes, establecidos desde el punto de vista del «espectador imparcial». Es necesario anclar la agenda de los compromisos asumidos por las Conferencias y por los Estados – por otro lado sostenidas por una sobreabundancia de estudios empírico-científicos también importantes – en una profundidad antropológica y ética que justifique la asunción de responsabilidades y de políticas. Ahora bien, una tal base ético-cultural puede ser seguida mediante un análisis atento *de la misma experiencia cognoscitiva* del vínculo ser humano-naturaleza, mediante un método gnoseológico que, en vez de proceder desde los *a priori* preconstituidos que proveerían una visión preconcebida y abstracta de la realidad, se aplica al estudio crítico del «hecho» del conocimiento, cual unidad originaria, vivida y experimentada, de un intelecto y de un real extramental aprendido.

La CIV, inicia precisamente por este camino, en el momento que afirma que el medio ambiente natural ha sido «un don de Dios para todos» y que «nos precede» y nos habla del Creador porque porta impreso en sí «un proyecto de amor y de verdad» (CIV n. 48). Mediante un acercamiento explícitamente teológico de la relación ser humano-naturaleza nos propone una precisa *hermenéutica*. Ayuda a leerla y a interpretarla partiendo de la experiencia del «recibir», del acoger, del compartir, es decir impulsando un método cognoscitivo que se coloca en los antípodas de todo método *idealista*, ese método que ha tenido sus antecedentes en Cartesio y por el cual *a nosse ad esse valet consequentia* y no a la inversa, es decir, como en Aristóteles, *ab esse ad nosse valet consequentia*. La prospectiva teológica, típica de una razón simplemente natural, ayuda a activar – por otra parte confirmada y reforzada también por una reflexión fundada sobre la revelación – un conocimiento de tipo «realista», es decir un conocimiento por el cual la existencia del mundo creado no se demuestra partiendo de la experiencia interna de un *cogito*, si no de la experiencia existencial en la cual se da la unidad dual entre un sujeto cognoscente y un objeto conocido, dotado de existencia actual, subsistente independientemente de la existencia del yo, a título de no-yo, tan plenamente constituido en sí cuanto el yo.

El conocimiento realista no se «inventa» la realidad. No la «construye» a imagen y semejanza de las facultades cognoscitivas del ser humano, hasta perder la identidad substancial y *el acto de una existencia* autónoma y extramental. El conocimiento realista la recibe, la reconoce, mediante una razón integral, no amputada y no comprendida dentro de dimensiones meramente empírico-científicas, sino *abierta* a acoger también aquellas *ontológicas* y *éticas* de la realidad.

En otras palabras, la CIV nos impulsa a introducirnos en una experiencia cognitiva que, mientras implica una multiplicidad de grados del saber, correspondientes a la complejidad multidimensional de la realidad, no olvida el *fundamento*, la dimensión de *trascendencia* de la realidad.

En un contexto cultural como el nuestro, en el cual se condena la prospectiva religiosa, porque sería portadora de una saber acrítico y acientífico, merece que se subraye cómo la CIV no renuncia, en vista de un enfoque más exhaustivo de la relación ser humano-naturaleza, a proponer aquel enfoque precisamente *teológico*, en su doble versión, *natural* y *revelada*. El ser humano necesita poseer sobre la realidad medio-ambiental, para conocerla mejor, una mirada más que fenomenológica, para alcanzar el último nivel objectual y experiencial de ella. La fe, convalida esta exigencia. Refuerza y amplía la mirada de la razón natural. Mientras la salvaguarda, le consiente un ejercicio que la conduce a superarse a sí misma, según una dimensión de trascendencia y de supraracionalidad. La fe no es, entonces, un impedimento, un daño para el conocimiento racional de la cuestión ambiental, sino un recurso que consiente mayor plenitud y autenticidad.

2. La respuesta de la «*Caritas in veritate*» a la exigencia de un fundamento metafísico y ético

Según algunos comentadores de la CIV, la encíclica de Su Santidad Benedicto XVI, incluso respecto al precedente magisterio, expresado en el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*,¹¹ estaría caracterizada por una muy carente enseñanza respecto a la compleja cuestión ecológica contemporánea. La CIV en particular, estaría marcada por una inexplicable afasia de frente a las mutaciones climáticas y sobretodo habría caído en un «error de método». La encíclica se habría limitado, contrariamente al habitual método de discernimiento a ofrecer una serie de imperativos morales sin una adecuada prospectación de orientaciones prácticas para la política ambiental.¹²

Con referencia a las mencionadas críticas es necesario precisar que la CIV ha efectuado una elección prejudicial, la de no introducirse en la indicación de políticas particulares, sino de detenerse a precisar el cuadro de referencias antropológicas y éticas, indispensables para individuar y asumir políticas más pertinentes. Sin un cuadro conceptual y valorial adecuado los términos de los problemas vienen afrontados en manera reductiva, lo que, por consecuencia, impide elaborar opciones eficaces. El aporte de la CIV se coloca sobretodo en este nivel: ilustrando los principios teológicos, los criterios antropológicos y éticos, para iluminar mejor el análisis de la crisis ecológica, el juicio sobre las diversas situaciones, para dirigir la programación de la acción y de la educación en modo más incisivo.

¹¹ Cf PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2004, nn. 451-487.

¹² Cf por ejemplo M. VOGT, *Silenzi eloquenti. Un commento sugli aspetti ecologici dell'enciclica sociale «Caritas in veritate»*, en «Rivista di Teologia Morale», 164 (2009), pp. 567-584.

Ella, estimula la reforma del pensamiento univoquizante de la modernidad, colocándose en la prospectiva de un saber *interdisciplinar*, gracias a aquel horizonte *transdisciplinar* que viene ofrecido por el enfoque teológico. Ayuda a superar la separación y la sectorialidad de muchas ciencias contemporáneas. En particular, propone leer la singular unidad ser humano-planeta a la luz de la *relacionalidad*, profundizada críticamente con el auxilio de la metafísica y de la teología (cf CIV n.53). En definitiva la enseñanza de la CIV en el plano epistemológico es: a la complejidad de la relación de *continuidad, connaturalidad, interdependencia y eminencia* que subsisten entre el universo y la humanidad debe corresponder la complejidad del saber. A la unidad multidimensional de la realidad humanidad-Tierra debe corresponder un conjunto de especializaciones que comunican la una con la otra y convergen en una reflexión sapiencial.

Por esta vía:

- a) La Tierra no viene concebida como una adición – planeta más biosfera, más humanidad – sino, al contrario, como una totalidad compleja, físico-biológica-antropológica. La humanidad es vista como una entidad planetaria e biosférica, por la cual realísticamente no se puede ignorar la conexión con el ambiente natural;
- b) La cuestión ambiental, por tanto, no puede ser vista como una cuestión abstracta, aislada del contexto antropológico, ético, cultural y religioso;
- c) Se pueden captar mejor las conexiones entre *ecología humana y salvaguarda del medio ambiente* y se pueden tener a disposición las *coordinadas* ético-culturales que deben presidir la proyección y la realización de las políticas.

3. Ulteriores aspectos de fecundidad del método realista, o la propuesta de una nueva ética ecológica basada sobre el fundamento que es Dios creador y redentor

Para alcanzar toda la relevancia ético-cultural de la CIV acerca de la relación ser humano-naturaleza, es conveniente detenerse a reflexionar sobre otras consecuencias derivantes del método que ella propone.

La primera consecuencia es que, gracias al método realista – por el cual se reconoce que la creación nos precede en la existencia y no es portada a la existencia por el ser humano, sino que es realidad «descubierta», dotada de una existencia autónoma, extramental-, se puede leer e interpretar la relación ser humano-medio ambiente mediante una razón igualmente *realista*, cuyo ejercicio implica un enfoque hacia ella no solo fenomenológico, sino también, como se ha ya relevado, metafísico y prescriptivo. Respecto a un razón idealista, fuente de visiones ideológicas y mistificadores de lo real, la razón realista aparece mas proporcionada a respetar el

misterio y la riqueza de la creación, no comprimiéndoles al interno de los confines cognoscitivos preestablecidos. Precisamente por ello, evita los reduccionismos racionalísticos y los despotenciamientos éticos de la cultura post-moderna, y se convierte en *matriz inagotable* de un *nuevo pensamiento*, de una *nueva proyectualidad*, capaz de captar la creación más por aquello que es, que por aquello que nos podríamos imaginar fantasiosamente.

Una segunda consecuencia, derivante de la prospectiva teológica ofrecida por la CIV y activante de un conocimiento *realista*, es la superación sea de visiones *antropocéntricas* y *utilitarísticas*, que reducen la naturaleza a mero objeto de manipulación y explotación, como si no portara en sí una «gramática» para su uso sapiente, no arbitrario (cf CIV n.48)- como es propio de las ideologías cientistas y tecnocráticas, ligadas a la absolutización prometeica del ser humano y de la racionalidad instrumental y mecanicista – sea de visiones *ecocéntricas* y *biocéntricas*, que divinizan la naturaleza o la tierra y que son expresión de la enfatización de una razón inmanentista, cerrada al trascendente.

Con la superación de las ya citadas visiones ideológicas, están conectadas – y éstas son una tercera y una cuarta consecuencia del uso del método cognoscitivo realista de frente a la relación de interdependencia entre el ser humano y la naturaleza -:

- a) La *desmitificación* de la concepción de la naturaleza concebida como un «tabú intocable» (cf CIV n. 48);
- b) Y, sobretudo, la afirmación de la *emergencia* de la originalidad del ser humano sobre la naturaleza.

En la CIV se lee: «La naturaleza está a nuestra disposición no como un “montón de desechos esparcidos al azar”, sino como un don del Creador que ha diseñado sus estructuras intrínsecas para que el ser humano descubra las orientaciones que se deben seguir para “guardarla y cultivarla” (cf. *Gn* 2,15). Pero se ha de subrayar que es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma. Esta postura conduce a actitudes neopaganas o de nuevo panteísmo: la salvación del ser humano no puede venir únicamente de la naturaleza, entendida en sentido puramente naturalista». (CIV 48).

Es oportuno aquí subrayar que, para la CIV, la *ética ecológica* de la cual todos hablan y de la que todos se hacen paladines, se funda precisamente sobre el reconocimiento de la acentuada *diferencia ontológica* y *axiológica* existente entre el ser humano y los seres vivientes. Es sobre esta *trascendencia* que se apoya y se *estructura* la ética teológica.

El ausente reconocimiento de la excedencia del ser humano – como sucede por ejemplo en las teorías que dispersan el sujeto humano en la comunidad biótica – desmiente todo discurso moral. Si se extraviaran los parámetros antropológicos de la relación con el medio ambiente, absorbiendo al ser humano en un todo vitalístico, sería imposible hablar de una ética ecológica y, por consecuencia de ética ambiental. La relación ser humano-naturaleza, según el designio de Dios, prevé la intervención del ser humano que modela el medio ambiente mediante una cultura centrada en una libertad responsable, valiéndose de un *orden moral ya previsto* por la acción creadora

de Dios y confirmado por la redención. La naturaleza, que contiene en sí un designio de *amor* y de *verdad*, es llamada a ser «recapitulada» en Cristo (cf n. 14), de acuerdo al orden intrínseco que Dios Creador le ha impreso. Lo que requiere «custodia» y «cultivación».

Según Benedicto XVI, semejantes perspectivas, mediante las cuales se reconoce que el ser humano es responsable de interpretar y modelar el medio ambiente natural, a partir de algo que ya está dado y, por tanto no partiendo de la nada, permiten el superar una *ecología moralística*, que ignora tanto las legítimas necesidades, los intrínsecos equilibrios de la misma creación, así como los límites de los recursos disponibles.

A este punto de nuestro camino es fácil descubrir que es gracias a una razón abierta a la realidad y a su fundamento – la creación no porta en sí misma la razón última de su subsistencia – que puede ser compaginada una ecología humana, estrictamente conexas a la ecología ambiental. Es gracias a una tal razón que pueden ser prefigurados los modelos de desarrollo que colocan al centro la persona y se fundan sobre la promoción y la compartición del bien común, sobre la responsabilidad, sobre la conciencia del necesario cambio de los estilos de vida y sobre la prudencia, virtud que indica los actos que se ha de realizar hoy, en previsión de los que puede acaecer mañana.

Dicho en otras palabras, una nueva ética ecológica nace, se *organiza* y se *desarrolla* sobre el *fundamento* de la moral, que *es Dios creador y redentor*. Es gracias a la referencia a Él, considerado como Suma Verdad y Sumo Bien, que la conducta ecológica se compagina, reconociendo aquella «gramática» que Él ha inscrito en la creación, finalizando las varias elecciones de la *salvaguarda* a la luz del bien y fin último, viviendo la sobriedad no por sí misma, sino como un modo eminente de practicar la solidaridad y la justicia de frente a los más pobres y de frente a las generaciones presentes y futuras. Pero no sólo eso. Una ética ecológica, pensada y vivida sobre el fundamento que es Dios, necesita comportamientos sobrios, solidarios y justos, ultimados *por* Dios, por amor suyo.

Para quien intenta cultivar la ecología y la ética a ella conexas sin que se conviertan en «terrestres absolutos» - hoy no son poco lo que hacen del cuidado de la creación una religión, cayendo en fundamentalismos y en fanatismos irracionales – aparecen decisivas las reflexiones de Benedicto XVI. Ellas nos ayudan a comprender que una nueva ética ecológica y que las virtudes por ella requeridas pueden ser respectivamente fundadas y vividas con mayor coherencia y heroicidad si son percibidas e inseridas en un contexto de fe. La ética ecológica ha de ser elaborada no según el groziano *etsi Deus non daretur*, sino sobre la base del fundamento de toda moral, que se encuentra inscrito en cada conciencia. Su prevalencia deriva precisamente de este arraigamiento.

4. *Conclusión*

El grande desafío presentado por la actual crisis ecológica es precisamente el de redescubrir una relación armónica entre la humanidad y el mundo natural. Ello significa redescubrir nuestra vocación original de reconocer la Tierra como casa (*oikos*) que ha de habitarse y custodiarse con atención y creatividad. Son verdaderamente programáticas las palabras de Benedicto XVI expresadas en el Mensaje para la jornada mundial de la paz 2008: «La familia necesita una casa a su medida, un ambiente donde vivir sus propias relaciones. *Para la familia humana, esta casa es la tierra*, el ambiente que Dios Creador nos ha dado para que lo habitemos con creatividad y responsabilidad. Hemos de cuidar el medio ambiente: éste ha sido confiado al hombre para que lo cuide y lo cultive con libertad responsable, teniendo siempre como criterio orientador el bien de todos».¹³

¹³ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2008*, 7.